

~~Arrojanse~~ y para lograrlo el escritor debe recurrir a todos los instrumentos que se lo permitan, sin que le preocupen la coherencia y la unicidad, empleando a veces un microscopio y otras veces un aeroplano (10).

La ambigüedad y la incoherencia no se pueden configurar, para Sábato, como categorías aisladas: son el resultado de factores difícilmente comparables como el mundo de lo visible y el de lo invisible y los instrumentos (las técnicas) de recogida e introspección. Quizá por su preparación científica, es uno de los pocos escritores contemporáneos que sabe dar un significado positivo de la incoherencia y de la ambigüedad: no se puede perseguir una (unitaria) concepción del mundo sin aceptar las infinitas diversidades con que se connota. El ente infinitesimal —como se delinea por la física contemporánea— se sustrae a toda finalidad preestablecida aunque, por extrapolación conceptual, se le puede considerar como componente de la realidad (concreta) en la que los hombres de nuestro tiempo se abandonan a ejercitaciones casi faltas de sentido.

La ambigüedad y la introversión encuentran una equivalencia en lo híbrido de la cultura, especialmente la americana. América es fuente de inspiración para nuevas experiencias sociales.

El hombre existe rodeado por una sociedad, inmerso en una sociedad, sufriendo en una sociedad, luchando o escondiéndose en una sociedad. No ya sus actitudes voluntarias y vigilantes son la consecuencia de ese comercio perpetuo con el mundo que lo rodea: hasta sus sueños y pesadillas están producidos por ese comercio. Los sentimientos de ese caballero, por egoísta y misántropo que sea, ¿qué pueden ser, de dónde pueden surgir sino de su situación en ese mundo en que vive? Desde este punto de vista la novela más extremadamente subjetiva es «social», y de una manera más o menos tortuosa o sutil nos da un testimonio sobre el universo en que su personaje vive (11).

La socialidad, por consiguiente, no es (sólo) una condición externa, un enredo de relaciones visibles y regulables con normas y leyes, sino una postura interior que en el hombre aun no se habría desarrollado mucho. Los desconciertos, las turbaciones individuales se derivan de la vocación para la socialidad y de la tentación de rechazarla. El hombre se siente implicado en la realidad y por la realidad, pero no resuelto, no definido por el conjunto de factores que la connotan. De aquí la fantasía, la creatividad (artística), el rigor (científico), las tentativas pragmáticas de instalación, de organizar la vida colectiva. Esta

(10) *Ibidem*, p. 23.

(11) *Ibidem*, p. 31.

conurrencia de circunstancias confiere al sistema social un nivel cada vez más elevado de complejidad y un tono cada vez más desprecupado al investigador social (sea artista o científico). En este ámbito conceptual, en efecto, el tradicional dualismo de la cultura humanística y de la científica (pretextualmente individualizado por B. Shnow) no es admisible por hipótesis: el conocimiento nace de una instintiva defensa de la persona que (empero) considera conveniente unirse (aliarse) con otras a efectos de influir en el metabolismo del Universo en beneficio propio (o en el que considera tal).

El recurso a ideas-eje, a claves de lectura del curso de las cosas que las sustraen a la inseguridad más evidente y superficial, caracteriza la metafísica latinoamericana. El miedo a vivir en un continente lunar—que no tiene referencias históricas traducibles al lenguaje contemporáneo, sino intemperies mentales caracterizadas por signos casi indescifrables—suscita y justifica el «pronunciamiento metafísico» de los escritores.

Pues si el problema metafísico central del hombre es su transitoriedad, aquí somos más transitorios y efímeros que en París o en Roma, vivimos como en un campamento en medio de un terremoto y ni siquiera sentimos ese simulacro de la eternidad que allá está constituido por una tradición milenaria, y por esa metáfora de la eternidad que son las piedras ennegrecidas de sus templos y sus monumentos milenarios (12).

La metafísica, para Sábato, se confirma como una referencia del espíritu creativo del hombre, que necesita descubrir en los acontecimientos una causa para predisponerse a modificarlos. La metafísica como metáfora del vacío absoluto se convierte en una categoría compensativa y explicativa de algunos acontecimientos naturales que luego la ciencia intentará homologar al conocimiento.

En esta obra de exploración de las actitudes cognoscitivas de los hombres se inserta la actividad estética, aun cuando roza el preciosismo como ocurre con Jorge Luis Borges. No es que a Borges se lo pueda clasificar de escritor preciosista, pero seguramente se percibe en su obra la búsqueda de algo que, diríamos, se sustrae a la observación común y, por tanto, recobra acontecimientos infinitesimos, cuya importancia no puede evaluarse con los parámetros acostumbrados.

Yo inventé un sofisma, es este—dice Borges durante una conversación con Sábato—: Estoy por ejemplo en un décimo piso, entonces yo me arrojó. En el momento en que caigo tengo que olvidarme de mi pasado, seguramente provocado por el vértigo

(12) *Ibidem*, p. 39.